

# Parar la guerra, construir la Paz

Los trabajadores de la enseñanza somos constructores de la paz. Necesitamos de su existencia, que es un objetivo educativo general siempre. Y ante los bárbaros acontecimientos bélicos que hoy suceden en la zona del golfo Pérsico, no podemos ni queremos permanecer impasibles o inactivos. Máxime cuando el actual Gobierno nos ha implicado, como país, al volcarse en el apoyo a una de las partes; como ciudadanos, al padecer los brotes de prejuicios reaccionarios que conlleva toda guerra. Pocos podían imaginar que los actuales miembros del Gobierno se encontrarían defendiendo la intervención española en conflictos bélicos apartados del denominado teatro de operaciones europeo. Ni que compromisos adquiridos públicamente y comprometidos en un referéndum fueran a quedar en evidencia tan pronto. Menos aún que el «secretismo» y la «confidencialidad» serían normas de trabajo político en una democracia, limitando la información a los que comparten la misma opinión (Aznar). Otra vez la subordinación ante el poderoso y el autoritarismo con los débiles es regla de oro del Gobierno.

Los trabajadores tenemos hoy una necesidad urgente: parar la guerra, exigir que ésta se detenga, obligar a los gobiernos a resolver los conflictos por medios no bélicos, tal y como dice la Carta de las Naciones Unidas (Artículo 2.3, capítulo 1°): «Los miembros de la organización arreglarán sus controversias internacionales por medios pacíficos, de tal manera que no se pongan en peligro ni la paz y la seguridad internacionales ni la justicia». Convencernos, como decía Alain, que «la idea más eficaz contra la guerra es la idea misma de que la guerra sería imposible si la mayoría de los ciudadanos estuviesen seguros de que depende de ellos hacerla imposible».

Los responsables sindicales se han pronunciado con claridad. Antonio Gutiérrez afirmaba que «CC.OO. está en el frente de la paz porque cree que la guerra es el abandono de toda razón y la quiebra de toda legitimidad. Pero también está contra la guerra porque es la expresión de la voluntad permanente del fuerte de imponer "su orden" (nada nuevo, por cierto), el "desarrollo" basado en la desigualdad, la "paz" basada en el dominio, la democracia "vigilada" en todos los ámbitos». También Nicolás Redondo ha recordado al fundador de la UGT, quien definía a la guerra como «crimen de lesa humanidad» y llamada a los trabajadores a combatirla y condenarla «trabajando todo lo que nos sea posible para que no se lleve a cabo».

Los trabajadores de la enseñanza, además de compartir y participar de las opiniones y actividades del conjunto de los asalariados, tenemos que añadir, en razón de nuestra actividad profesional, un contenido igualmente urgente: explicar la paz, ayudar a construir una nueva forma de pensar, abrir a la joven generación a asumir y solventar de forma distinta sus tareas como ciudadanos; profundizar en un desarrollo cultural del hombre que se base en la consideración de que todos tienen derecho a una vida digna. El conocimiento humano, la ciencia, la técnica, cuando se utilizan para la destrucción es porque se han pervertido los valores éticos más elementales y estamos poniendo en riesgo la propia existencia de la especie humana. En la reciente aprobada LOGSE se le adjudica a la educación, entre otros, los siguientes fines: «La formación en el respeto de los derechos y libertades fundamentales y en el ejercicio de la tolerancia y de la libertad dentro de los principios democráticos de convivencia». Y de forma clara y complementaria: «La formación para la paz, la cooperación y la solidaridad entre los pueblos».

Hacer que estos principios se trasladen a la actividad cotidiana de todos los centros educativos de nuestro país no es tarea fácil, pero, como nos demuestran los actuales acontecimientos, es básica. Desde T.E. siempre hemos apostado por afirmar el carácter educativo de la propia vida, y entendemos que el material de instrucción más útil y valioso puede estar en todas las acciones sociales, científicas y culturales que se realizan en el proceso de la vida en común. Hoy estamos dispuestos a participar y ser también «educadores por la paz», porque entendemos que en nuestros días el presente está más unido al futuro que al pasado, y el futuro del que hablamos no es una realidad que se espera, sino una realidad que se fragua, que procede de nuestras actividades actuales. Los profesionales de la educación tenemos obligadamente que apostar por el futuro, por los jóvenes, no para hacerlos sumisos a las relaciones existentes, sino, para garantizarles su participación en la edificación de una realidad nueva más valiosa, más justa y más libre. En definitiva, T.E. quiere sumarse una vez más a la esperanza y, por tanto, ponerse al servicio de todos los educadores por la paz, al servicio de todos los educadores, al servicio de todos. Es la razón de nuestra propia existencia.